MANUEL ARIZA, PROFESOR Y FILÓLOGO (1946-2013)

Francisco Marcos-Marín
University of Texas at San Antonio

El fallecimiento de Manuel Ariza, catedrático que fue de las universidades de Extremadura y Sevilla, profesor en la Complutense, Pisa y Málaga, además de viajero y conferenciante sobre todo en Europa, pero también en América, discípulo de Rafael Lapesa y Alonso Zamora Vicente, representante español en grupos de trabajo europeos distinguidos, es además, por sus características personales, una doble pérdida. Se pierde por un lado al profesor, al filólogo; pero también se pierde (y duele más), al compañero, al amigo, desde los años lejanos de la Licenciatura en Filosofía y Letras, entre 1963 y 1968. En aquella universidad tan confusa, tan distinta, nos acercábamos a los mundos entrevistos en viajes de ferris franceses entre Marsella y Túnez, cargueros turcos, *Akdeniz, Karadeniz,* por el Mediterráneo oriental, en viajes a Francia o Italia en autobús o en tren, recorridos toponímicos por la Península en el SEAT 600 paterno, tratando de abrir puertas que, a partir del 68, fueron quedando cada vez más expeditas. En aquella universidad, tan convulsa, tan enriquecedora, la lectura y la amistad eran valores cultivados con la firmeza de una fe que ha configurado nuestras existencias.

Es natural, aunque sea falso, embellecer el pasado, porque, como dijo Wordsworth, "la belleza persiste en el recuerdo". Y ahora estoy hablando del recuerdo de la amistad. Al corregir las líneas que escribí el 15 de octubre de 2013 y adaptarlas para *RIL,* sin quitares su sentido originario, tengo que añadir el dolor por la pérdida reciente de otra compañera de promoción y querida amiga de los dos, María Teresa Navarro, filóloga inglesa, con quien y con cuyo marido, Jorge Urrutia, Manuel compartió muchos años en Cáceres y Sevilla. En aquellos años, la mejor estructuración de los estudios universitarios nos permitía compartir los estudios con los compañeros de todas las Filologías, la Filosofía y la Historia.

Nos construimos, sin duda, un panorama amplio, que luego seguimos disfrutando.

Los amigos persisten por encima del tiempo y el espacio. Manuel Ariza y yo, aunque no compartiéramos todos nuestros cursos en la Facultad y viviéramos la mayor parte de nuestros años profesionales en lugares diferentes, compartimos, desde 1964, cosas fundamentales de nuestras vidas, muchas de ellas familiares y algunas tan señaladas, en el anecdotario personal, como el fin de ese año, la primera vez que mis padres me dejaron salir a una fiesta después de las uvas, porque también iba Manolo y todo parecía muy aceptable. Teníamos dieciocho años.

Las amistades, quizás especialmente entre hombres, van marcadas por tiempos de gran intercambio y estados latentes que son períodos en los que, como en los buenos vinos, los posos se van sedimentando. También se marcan porque abarcan distintos tipos de actividad e imponen ritmos diversos a nuestro vivir.

Los dos empezamos en el mundo de los textos, cuando los intereses literarios tenían -puede ser- más fuerza que los lingüísticos, y fue la realidad de aquella Facultad de Letras la que nos llevó a los caminos rectos de la Filología: más Elías Terés y Dámaso Alonso, en mi caso, más Alonso Zamora Vicente en el suyo y, para los dos, Rafael Lapesa.

Ambos comenzamos con trabajos textuales que tenían mucho de literarios: la épica medieval y el arabismo, para mí, la literatura contemporánea y el humorismo, para él. Es como si hubiéramos arrancado de extremos opuestos para recorrer, en sentidos inversos, el mismo camino. El suyo lo llevó finalmente al siglo XII, el mío, pasando por la Romania Nova, el español de los Estados Unidos en el siglo XXI, por ejemplo, parece también ir retomando los orígenes.

Cuando el 15 de octubre de 2013, a pocas horas de conocer la noticia, dediqué la primera parte de mi clase de estudios graduados en San Antonio, Tejas, a explicar a mis alumnos quién era Manuel Ariza, estaba explicando también quién era yo, quiénes son Soledad Salazar, Jorge Urrutia, José Pérez Lázaro o Enrique Arrufat, vidas profesionales diferentes que arrancan de un mismo tiempo universitario y, claro, quiénes son otros muchos hombres y

mujeres cuyos nombres son -como se dice- suficientemente conocidos. Para que mis alumnos me entendieran, tuve que comenzar por una inolvidable anécdota de don Rafael Lapesa, al inicio de nuestras carreras. Don Rafael le dijo a Manolo que el curso siguiente le encargaría la materia de "Toponimia y Onomástica", una asignatura optativa. Manolo le contestó:

- Don Rafael, que yo no sé nada de eso.

La respuesta de Lapesa -muy suya- fue irrefutable:

- Pues sepa.

Lo hizo y, además de iniciar su carrera profesional española de cuyo magisterio escriben sus discípulos emocionadas despedidas, prolongadas en internet, consiguió colocar a España en los grupos de trabajo que (generalmente desde Alemania, cómo no) preparaban las grandes colecciones (hoy, bases de datos) de información sobre los nombres de lugar y de persona. Y es que, a través de su aire desgarbado y distraído, mortal pitillo en mano, cuando no un vaso de whisky, más allá de los horrorosos chistes "lapesianos", sabía mantener una férrea disciplina de trabajo, compatible con un sentido puro de la libertad. Había horas para todos y para todo en el ambiente de la Facultad, en Pisa, Madrid, Málaga, Cáceres o Sevilla, donde los alumnos siempre podían encontrarlo y donde él, misteriosamente, sabía encontrar tiempo y lugar para investigar y escribir.

La Onomástica, la Fonología Histórica, la Historia de la Lengua, el Comentario de textos, el estudio de un siglo completo, años y páginas, fueron compatibles con una actividad social tan intensa como la requerida por la institución que debía reunir esos saberes, llevarlos de los investigadores a los estudiantes, la Asociación de Historia de la Lengua Española, que creó, animó con congresos multitudinarios presididos (Sevilla, 1990) por SSMM los Reyes Juan Carlos y Sofía (también eso ha cambiado) y a cuyo frente supo poner a los más distinguidos profesores del momento, que no pudieron negarse, porque era imposible decir que no a una insistencia tan generosa y tan desprendida. A Manolo, como a todos los grandes individualistas, le importaba el trabajo bien hecho, no el medro personal. Su historia académica lo demuestra.

Mi escasa paciencia para esas actividades sociales acabó llevando nuestra amistad a un largo estado latente, con un hilo de publicaciones intercambiadas y encuentros en reuniones científicas o visitas familiares. Cuando hablé con él por última vez, ya por teléfono, pocas semanas antes del final, el tiempo de nuestra amistad seguía siendo el mismo y su voz sonaba tranquila y coherente, con una aceptación disciplinada de la realidad. Poco después, con motivo de un correo mío para comunicarle el fallecimiento de Sam Armistead y preguntarle si recordaba algo de su paso por el seminario de Lapesa, en nuestros años iniciáticos, recibí el que resultó su último correo electrónico: "Envidio tu memoria. No recuerdo haberle visto nunca. Un abrazo." Cuando volví a llamar, sólo pude hablar con Ninfa o dejar un mensaje en el contestador.

Detrás de estos días de dolorido sentir viven y vivirán personas, recuerdos y lugares compartidos: Italia, con Pisa en primer lugar, Alemania, Norteamérica (especialmente Madison y Montreal). También los lugares de España donde íbamos, primero en el 600 paterno y luego en mi flamante Citroën, a estudiar la toponimia menor y, de paso, hablar de todo, probar (muy a lo Zamora Vicente) vinos y comidas de la tierra y hacer planes para un futuro que nunca se dejó sujetar a ellos. Así aprendimos, entre otras muchas cosas, que Olmeda de las Flores había cambiado su nombre original, Olmeda de la Cebolla, porque sus habitantes no eran conscientes de que esa palabra "cebolla" no era tal, sino una etimología popular por *Yubaila,* en árabe 'montecito'. Una pena, porque si la hubieran llamado *Olmeda del Montecito,* hubieran sido fieles a su propia historia toponímica, sin cebolla. Anécdotas y anécdotas.

Libros, cartas, separatas. En el verano de Madrid, las carpetas en cuyos lomos rojos una etiqueta dice "ARIZA" y el estante de la biblioteca, arriba, donde está la A, han sido recorridos, las dedicatorias releídas, como la correspondencia, tan extensa. Las dedicatorias, por ejemplo, permiten reconstruir reacciones y posiciones ante las circunstancias profesionales. Así, la que acompaña a la fotocopia de su artículo "Sobre las jarchas. Notas lingüísticas", del *Homenaje a Zamora Vicente,* explicita la diferente actitud suya y mía ante la informática (y el humor): "Para Paco, un artículo

hecho a mano, sin ordeñador (*sic*)". Uno de los daños colaterales de internet es, sin duda, la reducción o desaparición de esas cartas en las que las reflexiones personales se mezclaban con las noticias profesionales, las dudas sobre el trabajo en curso, la felicitación y el comentario de las publicaciones recibidas. Largas horas de relectura y vivencias. Largas horas, ya no tan largas.